



El Kaiser Guillermo II, que próximamente hará su entrada triunfal en la capital de Polonia.

La Juventud de Guillermo II.

“Sus Impresiones en París”

La fácil y fecunda fantasía popular ha contado varias veces cómo Guillermo II, para substraerse un momento a los enojos de la vida de corte, abandonara secretamente Potsdam, realizando una cautelosa y rápida vista a París, acompañado por un amigo fiel.

A tales relatos hemos opuesto siempre escéptica sonrisa, conscientes de las mil dificultades materiales que habrían de ofrecerse al Kaiser para burlar la vigilancia de sus familiares, quienes, sin duda, se hubieran opuesto a que el Soberano se expusiese a ser objeto de demostraciones hostiles, por parte de un pueblo que no podía olvidar la “debacle” del 70. Pero no era sólo este temor. Los mismos Gobiernos habrían eludido todas las responsabilidades derivadas de los desagradables incidentes. No hace aún tres meses, la presidencia del último salón parisino oponiase de un modo rotundo, llegando a plantear la cuestión de confianza, a que figurara en el certamen, entre las obras de un famoso escultor tudesco, un busto del Emperador. Temiase que la marmórea efigie determinara explo-

siones del fermento antiteutón. Por embajadas y cancillerías paso una sombra trágica. Ensambrécieronse las graves frentes diplomáticas y el fantasma de la guerra apareció en el campo de las posibilidades.

Y si ese penetrante sentido de responsabilidad, tan altas y delicadas, presentó el gran peligro latente de una guerra franco-alemana en la simple exposición de un retrato, en el ángulo tranquilo y discreto de una sala, cómo habría podido permitir nunca, ni bajo ningún pretexto, el paseo a través de las populosas avenidas parisienses del verdadero, del auténtico Guillermo, tan característico, tan difícilmente disimulable?

La leyenda de la visita, esa pintoresca leyenda florecida en la imaginación popular, no era, pues, acreedora al crédito de las gentes. Los políticos bien informados negaron que el viaje se hubiera efectuado en ningún tiempo, después de la guerra franco-prusiana, y los periódicos germanos añadieron, con cierto aire fanfarrón: “El Emperador no ha dado hasta hoy ningún paseo por París. Más como tiene ganas de darlo, si

alguna vez lo realiza en nuestra compañía, no entrará de incógnito, sino en triunfo.”

Guillermo II ha estado dos veces en París. La primera fué en 1864. Era entonces Príncipe de Prusia, y acompañaba a sus padres. No vale la pena de detenernos en esta visita. El Príncipe tenía cinco años.

La segunda vez fué en 1878 y estuvo por propia voluntad, luego de haber luchado encarnizadamente con sus familiares que con toda razón, mostrábase opuestos al viaje. El odio a Alemania habíase exacerbado. Habría que ocultar su escapatoria a las autoridades francesas, empresa no muy difícil ciertamente. Pero el hijo del Kronprinz, con la tenacidad de sus diecinueve años insistía, amenazando con marchar solo a París. Y si se le ponía el veto definitivo a París, que se le dejara al menos ir a Versalles. Era la cuna del Imperio germánico y él quería visitarla.

Tres semanas antes habían llegado allí en viaje de novios la hermana de Príncipe Guillermo, la Princesa Carlota y el Príncipe heredero de Sajonia-Meiningen. Los dos conyu-